



# Quimera

POR ROSALBA MORÁN TEJEIRA

A ún no había amanecido. La bruma, que cubría todo y le daba al paisaje un aire fantasmal, dejaba filtrar a duras penas delgados hilillos dorados que como lluvia de oro caían sobre el gallinero. Las aves, con gran alboroto, corrían levantando una polvareda y picoteaban el suelo insistentemente. María, somnolienta, restregándose los ojos con una mano y con la otra sosteniendo la lata con los desperdicios, cruzó la cerca de ciruelos por aquel estrecho espacio que había entre el suelo y el alambre de púas que, no sabía por qué, su madre insistía en usar como puerta de entrada al chiquero de los puercos. Una vez del otro lado el fuerte olor a orine y a excremento penetró hasta su cerebro ¿desde cuándo esos olores formaban parte de su vida? Hundió en el lodazal, hasta el tobillo, sus pequeños pies descalzos, volteó las latas que los puercos habían desparramado por todo el lugar y una a una las fue llenando. Los animales, que ya la esperaban, la seguían como perros falderos metiendo el hocico, voraces, en cada lata. Levantó la mirada y suspiró. Tengo que decírselo a mi mamá. Algo me está pasando. Esa sangre que me sale de allá abajo debe ser algo malo. Mi abuela lo decía... cuando la mujer sangra el diablo la ronda.

La madrugada cedió, rápidamente, el paso a la luz del sol. María, a su corta edad, se sentía cansada, como si ya hubiera vivido muchos años. Todos los días eran iguales: cuidar los animales, lavar la ropa, recoger la leña, buscar agua en el río, hacer el café... Debía apurarse. Dejar de pensar. Su madre no demoraba en llamarla y aún tenía que ponerles agua y maíz a las gallinas y a los patos. A veces creía que su mamá no la quería. Por su parte, ella la quería pero a la vez sentía un doloroso rencor. Era un sentimiento vago, que la llenaba de ansiedad y temor. Su padre las había abandonado al nacer ella. No le tenía miedo al trabajo, pero creía, como le decía su amiga Juanita, que tenía derecho a divertirse: a tener novio, a casarse. Quizás algún día no aguantaría más y...

El grito de su madre, llamándola desde la puerta trasera del rancho, la hizo volver a la realidad. Con paso apresurado, se dirigió al corral de las aves que cacareaban y graznaban enloquecidas. Seguro que las había oído. No sabía como hacía para saberlo todo. Les echó maíz y llenó de agua los bebederos. Buscó entre los trapos y papeles algún huevo. No había ninguno. ¡Gallinas del diablo, tanto trabajo para nada! Ahora su mamá no dejaría

de quejarse. ¿De qué vamos a vivir?, ¡qué vida más desgraciada la mía! Eran su letanía. ¿Por qué no vendía los puercos? Estaban más gordos y mejor alimentados que ella y, sin embargo, su madre insistía en esperar... ¿qué?

— ¡María!, ¡qué pasa con el café! volvió a gritar la madre.

— ¡Ya voy, ya voy! Gritó igualmente María apretando el paso.

A su madre le gustaba tomar el café, ni bien se levantaba. María entró corriendo, jadeante, a la pequeña cocina, atizó el fogón y puso la olla para el café. Su madre, desde el viejo taburete la miró diferente, casi complacida, eso le pareció. ¡Qué extraño! Lo normal, ante su atraso, era recibir un insulto o un azote con la fusta, único objeto que, según su finada abuela, había quedado de su padre. Él la usaba con el mismo propósito. Nunca había recibido un halago de nadie.

—Apúrate y tómate tu café. Yo me sirvo el mío. Ve a tender la ropa. Hay que aprovechar el sol.

María la miró sin comprender, incrédula, y a grandes sorbos vació la totuma.

Los trapos, que llamaban ropa, se mecían al son del viento despidiendo diminutas gotitas de agua que salpicaban la risueña cara de María, produciéndole un agradable cosquilleo. A lo lejos, una silueta se dibujó por el camino. María, que se empinaba para colgar una desteñida camisa, se detuvo y miró bien. Su madre salió al paso del visitante. Los veía hablar y gesticular pegados a la cerca. Reconoció al viejo Alejo. Sus miradas se dirigían insistentemente hacia el chiquero. Sonrió. Ya era tiempo, se dijo.

—¡María, venga acá!, le gritó con una voz extraña.

Ella corrió feliz. Por fin su madre había decidido vender un puerco o quizá más de uno. Necesitaban tanto ese dinero para comprar algunos alimentos y cosas para la casa. Ade-

más, ella esperaba que le permitiera comprar aquellas sandalias tan lindas que tanto le gustaban, y que había visto en la tienda del pueblo. Era evidente, su madre se había despertado ese día de buen humor. El corazón se le quería salir del pecho.

—Diga, mamá, balbuceó María

—Recoja sus trapos. El Sr. Alejo se la lleva.

## Al caer la noche

Cada noche era lo mismo. Despacio y arrastrando sus pesados y agrietados pies cogió uno a uno los cajones que escondía detrás de un montón de desperdicios y apartó los sacos de maíz y ñame que formaban un semicírculo y los colocó en ese metro y medio que era su espacio vital. Arriba, con sumo cuidado, puso sobre ellos un estrecho y sucio tablón, exactamente de su tamaño. Su cama. Lo palpó; todavía sirve, pensó. Se detuvo. Le costaba mucho moverse. El reuma la estaba matando. Todo le dolía, especialmente los días de lluvia. ¡Qué diera por echar marcha atrás y volver a tener ese cuerpo y belleza negra que volvió loco a más de uno! Ganó mucho dinero. No era justo. ¿En qué momento cambió su vida? A veces, cuando pasaba frente a alguna vidriera veía sus formas voluptuosas y sensuales reflejadas y se detenía sonriente, moviéndose como en una pasarela hasta que algún transeúnte la miraba con sorna... ¡loca! grito que la devolvía a la realidad. El largo suspiro que brotó de su desdentada boca se tornó en una extraña mueca.

Sabía que la estaban figoneando. Sentía la fuerza de aquellas burlonas miradas. Ese había sido un buen día, pensó. Pudo darse un baño, ¿cuánto tiempo hacía que no llovía?, el



verano había sido largo, hizo su mejor sopa de huesos, pues había tenido suerte, ¡bendito sea Dios! que encontró unos con algo de carnicita cerca al tinaco de la esquina y así pudo vender algunos platos a sus clientes; vaya clientes: indigentes, alcoholitos, gentes olvidadas. Están peor que yo, se dijo. Recogió los periódicos que encontró sobre un montón de sacos de arroz y buscó su cartucho, del cual sacó sus cachivaches favoritos: unas cuantas latas, un par de zapatos de diferentes tamaños y modelos, con más agujeros que un colador, papeles de toda clase, vasos, un par de cucharitas plásticas y un gran trapo sucio, que era lo que buscaba, y que colocó como carpa sobre aquel estrecho lugar.

— ¡Vamos, mami, sacude bien la cama, que no quede ningún bicho, pronto voy para allá, ya estoy listo, bañadito y todo... ¿y tú?... ya

sabes lo que me gusta y como me gusta! El palabrerío de gritos roncós, que brotaron de la oscuridad, la sobresalto. No se acostumbraba.

— ¡Hijoeepúuuta.... acuéstate con tu madre, desgraciado! gritó sin aliento.

...Y un reguero de carcajadas estalló por el lugar.

---

ROSALBA MORÁN TEJERA. (Penonomé, Panamá). Maestra de Enseñanza Primaria. Fonoaudióloga (Argentina). Egresada del Diplomado en Creación Literaria, Universidad Tecnológica, 2006. Seminario taller "Estrategias narrativas del cuento" Universidad Latina 2008. Decoradora. Pinta al óleo y porcelana. Libros publicados: *Hato Ambo*, lecturas selectas para niños (Editorial Norma, Colombia, 1990), *Gira y gira, hacia la expresión manuscrita* (Editorial Trillas, Méjico, 1991), *Actividades de aprestamiento para la lectura* (Editorial Trillas, México, 1993), *Vidas clandestinas* (Panamá, 2009).